

# **Los sueños de Terpsícore**

*Juan José Tapia Urbano*

## Acerca del autor

Juan José Tapia (Nueva Carteya, Córdoba, 1975) es ingeniero industrial, y cursó estudios en el Conservatorio Superior de Música de Sevilla.

Comenzó a escribir en 2004, pasando rápidamente de los relatos cortos a la novela, por la posibilidad que ofrecen para desarrollar en ellas sus historias con mayor libertad.

Gusta de aventurarse en distintos géneros, si bien siente predilección por la ciencia ficción.

Ha publicado relatos en varias antologías, y con esta, son cinco sus novelas que han visto la luz:

Enarmonía (*C&M*)

El tercer final (*Galeonbooks*)

Cota diecinueve (*Galeonbooks*)

La memoria sumegida (*Dopamina Ediciones*)

Los sueños de Terpsícore

Blog <http://jjtapia.blogspot.com.es/>

Correo [jjtapia75@gmail.com](mailto:jjtapia75@gmail.com)

Twitter [@JuanJoseTapia75](https://twitter.com/JuanJoseTapia75)

Facebook <http://www.facebook.com/juanjose.tapia.98>

## **I. Preludio**

Fue tan sólo un momento de confusión, pero cuando miraron a su alrededor fueron conscientes de que algo había cambiado. Podrían haber comenzado entonces un intercambio de reproches, cargando las culpas en el compañero, pero lo inesperado de lo ocurrido había conseguido anular por completo su capacidad de verbalizar sus sensaciones.

Él fue el primero en salir de la habitación, siendo rápidamente secundado por la chica, a quien la idea de quedarse en aquel lugar desconocido, sola, no se le antojaba especialmente atractiva. Caminaban sin rumbo fijo, dejándose llevar por la intuición, pero cuanto veían sólo conseguía acrecentar la inquietud que por momentos se apoderaba de sus espíritus. Les bastaba intercambiar una mirada para saber que ambos compartían el mismo tipo de pensamientos, siempre funestos.

En otras circunstancias, él habría sabido qué le aguardaba al final de aquel corredor, pero a la vista estaba que las reglas habían cambiado. Cuando llegaron frente a la puerta se detuvieron buscando una buena excusa para no accionar el picaporte. Ella le dio su aprobación con un simple movimiento de pestañas, y en un momento se encontraron al otro lado.

Sólo contemplaron rostros desconocidos allí donde no hacía tanto se habían sentado sus compañeros y amigos, pero fue lo que encontraron escrito en una esquina de la pizarra lo que terminó por acabar con sus esperanzas: “15 de marzo de 1969”.

Si habían albergado algún tipo de duda ante la posibilidad de que sólo se tratase de un mal sueño, aquello bastaba para convertirla en humo.

## **II. Una reseña literaria**

El comienzo era siempre lo más complicado; como si fuera un viejo coche que llevaba más tiempo del aconsejable en el garaje, me costaba arrancar. Me esforzaba por incluir una pizca de originalidad, huyendo de un esquema repetido hasta la saciedad que pudiese dar a los lectores de mi pequeña bitácora la sensación de haber vivido aquel momento con anterioridad. Sin embargo, era consciente de que un exceso de innovación podía conducir a un resultado diametralmente opuesto al pretendido.

Luego estaba el tema de la impaciencia que parece asaltarnos a todos en el mismo instante en que nos situamos frente a la pantalla de un ordenador. Tan sólo le concedemos un par de líneas a un escrito para convencernos de que es merecedor de nuestra atención, bien supremo que sólo estamos dispuestos a regalarle si alcanza a rebasar el elevado listón al que lo enfrentamos. Dar con esa frase genial que consiguiese enganchar a alguien a mi página era otro reto que debía superar.

Así, haciendo equilibrios sobre la delgada línea que separa lo acertado de lo extravagante, trataba de sacar adelante una entrada que por extraño que

podiera parecer, se me estaba haciendo más cuesta arriba que la lectura de la novela sobre la que versaba.

## Reseña de “La flor de otoño”, de Bruno J. Antona

Después de un tiempo apartada de la red por motivos que quienes destináis buena parte de vuestro tiempo a hincar los codos comprenderéis perfectamente, retomo el blog con mi opinión acerca de la última novela que mis pobres ojos han tenido la

No, demasiado negativo. No podía regresar de ese modo. Positivismo, siempre positivismo.

—Vamos Elsa, concéntrate, tú puedes hacerlo.

No podía haberme olvidado de escribir en este tiempo de obligado retiro.

Retomo el blog con mi opinión acerca de la última novela que he leído.

De acuerdo, no podía decirse que fuera una frase para enmarcar, aquella que me ayudaría a traspasar las puertas del Olimpo de la literatura, pero cuando menos me parecía aceptable, y eso ya era un comienzo.

El autor me la hizo llegar amablemente, y tal vez porque no había leído ninguna reseña sobre ella —¿quizás me pudo mi afán por ser la primera?—, la curiosidad me llevó a aceptar el desafío que se me planteaba —a buena hora—.

Se trata de una obra donde el romanticismo lo impregna todo —¿en qué estaría yo pensando?—, y donde el amor de sus protagonistas luchará por superar todos los obstáculos hasta

Ya tenía más que suficiente; ¿a quién pretendía engañar? Si algo tenía claro era que mi circunstancia personal no era la más adecuada para afrontar el reto que me había propuesto. Tal vez no fuese culpa de su autor —¡el pobre!, ¿pero qué podía saber él de mi vida? —, y tampoco tenía el pleno convencimiento de que la opinión que me había merecido su obra no viniese condicionada por mi reciente experiencia en el terreno amoroso, digna de perderse en el olvido. Lo cierto era que nada bueno surgiría de mis dedos en aquellos momentos, y lo peor era que ya lo sabía antes incluso de haber puesto mi mano sobre el ratón. Mejor haría dejando aquella reseña en borrador, para continuarla —o no— cuando mi corazón se hubiese restablecido del varapalo recibido, cuyas consecuencias aún lastraban mis opiniones, como

había quedado de manifiesto por más que yo asegurase tener una autoestima a prueba de cretinos.

Mi estado de ánimo no me permitía conferirle credibilidad a un final en el que los amantes conseguían sobreponerse a los avatares del destino sin más armas que la pasión que se profesaban, no cuando un final feliz se me antojaba de todo punto imposible en cualquier tipo de acercamiento entre hombre y mujer. A mis dieciséis años sabía que aún me quedaba mucho por vivir —las estadísticas aseguraban que sólo había cubierto una quinta parte de mi trayectoria vital, idea que no me disgustaba del todo—, y que sin duda la vida me tendría reservadas cientos de experiencias, a cuál más enriquecedora, pero ya había tenido tiempo de probar el amargor de la indiferencia.

¿Qué podía esperarse de alguien que se sirve de un teléfono móvil para romper una relación? —porque diga él lo que diga, nadie me impedirá que emplee esa palabra para referirme a lo que hubo entre nosotros—. ¿Podría tenerse menos delicadeza? Cierto es que de haberlo hecho por *WhatsApp* la cosa habría rozado las fronteras del patetismo más absoluto, con visos de convertirse en una tragedia griega, pero prefería no pensarlo siquiera. ¿Y dónde quedó aquello de las relaciones humanas? ¿Es a esto a lo que nos aboca el tipo de vida que hemos elegido de un modo



supuestamente voluntario? ¿Acaso nos hemos convertido en máquinas desprovistas de sentimientos?

No, si ya lo decía yo: en mi estado no podía dar forma a una entrada en el blog que no incitase a terminar con una caja completa de *kleenex*, y no me apetecía exponerme de ese modo frente al mundo. Sabía que ellos lo negarían, pero era consciente de que la mayor parte de mis compañeros de clase hacían incursiones en mi web por simple curiosidad morbosa. No lo negaré; también yo lo haría en su lugar, pero me molestaba que incluso aquellos que no terminaban de caerme bien pudieran escudriñar mis pensamientos con un simple movimiento de ratón, como si mi mente fuese transparente.

Cierto era que había sido yo misma quien se había expuesto de ese modo frente a los demás, fruto quizás de esa búsqueda del equilibrio entre la privacidad y mi necesidad de recibir una retroalimentación por parte de quienes leyeran las entradas de mi blog. No podía negar que un simple *me gusta* era capaz de alegrarme el día, ¡y qué decir de un comentario!, algo así podía elevarme hasta superar la estratosfera, haciéndome sentir importante, casi una creadora de opinión, alguien capaz de marcar nuevas tendencias. Luego recordaba que buena parte de mis comentarios en las páginas de otros buscaban tan sólo la reciprocidad, conseguir aunque fuese un par de nuevas visitas que

ayudasen a incrementar ese triste contador situado al pie de mi página.

Me sentía vulnerable, y lo último que necesitaba era autoflagelarme. No merecía la pena, ¡él no merecía la pena!, y no pensaba darle la satisfacción de verme verter una sola lágrima por su causa, aunque esta tuviese la forma de una reseña escrita desde el resentimiento más profundo, contra él en primer lugar, y contra todo representante del género masculino por extensión. Sí, por más que me pesase reconocerlo, también yo podía caer en el mal que representa la generalización con todo lo de injusto que comporta. Todos no podían ser iguales; por mera estadística, entre más de tres mil millones de hombres debían existir al menos un par que poder salvar de la quema, de ahí la dificultad en encontrarlos.

Quién sabe la de barbaridades que podrían brotar del interior de una chica despechada como era mi caso, frases que podían decir más de mi persona de lo que me apetecía, y que luego pesarían sobre mí como una losa. Tenía la certeza de que sus ojos jamás se posarían sobre aquellas líneas, pues sus intereses estaban muy lejos de estar centrados en la literatura juvenil y romántica, pero una idea vertida en la red tenía la capacidad de extenderse por medios que ni siquiera era capaz de imaginar, cobrando vida propia para escapar a la voluntad de quien sembró aquella

semilla en su origen. Tampoco había abierto aquella ventana a mi mundo para exponer frente a todos mis sentimientos más profundos; no había sido esa mi intención, y no me apetecía hacerme merecedora de lástima por parte de quien pudiese leer una reseña demasiado personal.

Por un momento había olvidado a esa legión de escudriñadores que le irían con el chisme más pronto que tarde. Así, decidí posponer aquella crítica para cuando hubiese recuperado algo del equilibrio emocional que creía atesorar —siempre habían dicho que era muy madura para mi edad, signifique eso lo que signifique—, e hice un cambio de chip en mi mente, dejando aparcada mi faceta de lectora compulsiva para enfrentarme al reto que me había planteado a comienzos de año como ineludible. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a la posibilidad de dar el salto, atravesando ese muro intangible que separa al lector del autor, asir la pluma —siempre de forma figurada, por supuesto, que los ordenadores se inventaron para algo—, y lanzarme al mundo de la creación sin una red de seguridad bajo mis pies.

¿Impetuosa? En absoluto. Se trataba de una decisión meditada durante largo tiempo y que ahora encontraba el momento apropiado para ser llevada a la práctica. Me había preguntado en numerosas

ocasiones qué hacía tan especial a las escritoras que poblaban las estanterías de mi habitación con sus novelas. ¿Acaso había algo en ellas vetado para el resto de los mortales? ¿Podían haber sido elegidas por alguna entidad superior, llámese musa o X, que había decidido transmitirles la capacidad de emocionar a miles de lectores en todo el mundo? ¿Habrían hecho un pacto con el maligno por el que éste les concedía el don de la escritura a cambio de un precio tan bajo como su alma inmortal? Estaba por asegurar que no, y me había propuesto averiguarlo.

El sentido común me decía que ellas también debían haber sido, en algún momento de sus vidas quizás lejano ya, jóvenes que viajaban a lugares distantes y maravillosos a bordo de las páginas de novelas que forjaron aquello en que se convertirían con el paso de los años. Sí, sin duda, también ellas habían pasado por momentos de duda como aquel en que me encontraba, preguntándose si estarían haciendo lo correcto, si no sería el suyo un sueño imposible de cumplir, y había sido su empeño y perseverancia, su voluntad de enfrentar cuantos obstáculos pudiesen encontrar en su camino, lo que las había llevado a figurar entre mis escritoras de cabecera, silenciosas notarias del devenir de mis días que me observaban desde las solapas de aquellos libros. Y si ellas lo habían conseguido, ¿por qué no

habría de intentarlo yo? No estaba segura de estar preparada para asumir un fracaso, pero mucho menos para digerir un éxito a escala planetaria que me llevase a escribir toda una saga de novelas, que las productoras de Hollywood se encargarían de llevar a la gran pantalla para el deleite de jóvenes soñadoras como yo.

Convencida de que pensamientos de este tipo no me ayudaban a enfrentarme al teclado, vil herramienta empeñada en mostrarnos la verdad de nuestras limitaciones, decidí regresar desde la ingravidez a la que me habían llevado mis fantasías, y posé mis pies de nuevo sobre la Tierra. Debía abstraerme por un momento, pensar que escribía tan sólo para mí. Quizás el mundo era un lugar demasiado grande, y en cuanto mi imaginación traspasaba las paredes de mi cuarto perdía ese punto de referencia que nunca debería faltar, y la verdadera escala en que me movía, que de momento se circunscribía a poco más de nueve metros cuadrados.

Había postergado este momento durante semanas, sobrepasada por la responsabilidad. Mis pequeños relatos habían sido bien recibidos por mis amigas virtuales, seguidoras de mi blog a las que no conocía más que a través de los nombres que se habían dado en la red, aunque siempre me cabía la duda de si no habría sido su voluntad de no herir mis sentimientos

lo que las habría llevado a animarme a seguir por este camino. Un relato era algo serio, no cabía duda, pero una novela...

Preferí no pensar en el tiempo que dedicaría a aquella labor, las horas que le robaría al sueño para dar por finalizado cada capítulo, y la posibilidad de que tanto esfuerzo no sirviese de nada después de todo, cuando una editorial tras otra me cerrasen sus puertas. Sólo teniendo claro que escribía para mí podía tener sentido emprender lo que para mí suponía una odisea de final incierto.

Decidí cerrar mi mente a tantas ideas negativas que pugnaban por invadirla, tomé una profunda bocanada de aire para dejarlo escapar lentamente a continuación, y mis dedos escribieron las primeras palabras, que aparecieron frente a mis ojos, sobre la pantalla. Acababa de dar el primer paso de un viaje que se me antojaba fascinante.